

**UN APUNTE SOBRE EL PENSAMIENTO MODERNO:
LA ROCHEFOUCAULD,
B. MANDEVILLE Y A. SMITH**

RAQUEL LÁZARO

Adam Smith is one of the main writers of the Scottish Enlightenment better known for his economic system than for his philosophical thought. Recent literature about this author has insisted upon the importance of studying his two main works, *WN* and *TMS*, as a whole. In this way, central issues of modern thought such as: social harmony, the role of passions and the need for ethics might be better understood. Influences from La Rochefoucauld and B. Mandeville can be found in Smith which connect with the Jansenist thought of the XVII century. With these considerations, it is shown that some writers of the Enlightenment were not as optimistic as it had been thought, Adam Smith being one of them.

Una de nuestras tradiciones más inmediatas es la Ilustración. Buena parte de la organización social —económica, jurídica, política, ética y religiosa— del mundo contemporáneo se puede explicar aún desde bastantes de sus presupuestos. La Ilustración europea, teniendo un núcleo común, se desarrolló con notas propias según los distintos lugares donde encontró acogida. Así, por ejemplo, una de las notas que caracteriza a la Ilustración escocesa es precisamente su preocupación por la cuestión social y el intento de superar el individualismo¹. Eso hace que entre los

1. Cfr. Ch. J. BERRY, *Social Theory of the Scottish Enlightenment*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1997.

temas que trataron sus representantes destaquen la sociabilidad humana y la necesidad de cierta armonía social, la cuestión de la paz.

Una de las figuras destacadas de ese momento es Adam Smith. Su pensamiento no sólo encontró una amplia acogida y reconocimiento entre sus propios contemporáneos, sino que aún hoy encontramos muchos defensores de sus ideas. Como ha dicho West² si el éxito de la *Riqueza de las Naciones* no hubiera sido tan grande, la primera obra de Smith hubiera sido más conocida, y el autor escocés también hubiera alcanzado con ella su puesto en la historia del pensamiento.

La Teoría de los Sentimientos Morales, vio su primera edición en 1759, mientras Smith ocupaba la cátedra de Filosofía Moral de la Universidad de Glasgow; la última edición —la sexta— apareció en 1790, catorce años después del rotundo éxito de *La Riqueza*³. La filosofía moral ocupaba para el propio autor un interés de primer orden. De ahí que destacados estudiosos de la obra smithiana, entre ellos el propio Amartya Sen⁴, hayan insistido recientemente en la necesidad de estudiar ambas obras en conjunto, para poder entender mejor el pensamiento y el auténtico calado de la propuesta smithiana. No tomar en cuenta el contexto moral que acompaña a la filosofía de Smith, le haría poca justicia.

Una de las teorías que más se han difundido, al respecto, es aquella que sostiene que hay distintos principios que operan en la filosofía smithiana: uno de ellos en el pensamiento económico, los otros en la moral⁵. El *self-interest* es el único principio que actúa

2. Cfr. E.G. WEST, *Adam Smith: El hombre y sus obras*, Unión Editorial, Madrid, 1989.

3. *La Riqueza de las Naciones* vio seis ediciones, la última póstuma: 1776, 1778, 1784, 1786, 1789 y 1791.

4. Cfr. A. SEN, *Sobre ética y economía*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.

5. Cfr. J. VINER, "Adam Smith and laissez faire", en *Adam Smith, 1776-1926*. University of Chicago Press, Chicago, 1928, pp. 116-155. Cfr. L. DICKEY, "Historicizing the Adam Smith Problem: Conceptual, Historiographical, and Textual Issues", en *The Journal of Modern History*, nº LVIII, The University of Chicago Press, Chicago, 1986, pp. 579-609. Cfr. también, L. INFANTINO,

en el ámbito económico —afirman los defensores de esta interpretación—, mientras que en el ámbito moral, Smith acude a otros principios como son la simpatía, la justicia y la benevolencia.

La tesis que aquí vamos a sostener es otra, la que sigue: al estudiar en conjunto el pensamiento de Smith se puede ver cómo los mismos principios operan en ambas obras, es más, la *sociedad comercial* —hoy diríamos *capitalista*—, cuya descripción y funcionamiento está descrito en *La Riqueza de las Naciones*, está ya anunciada en la *Teoría*, y es en este primer libro donde Smith expone qué principios operan en ella y porqué; principios que no se pueden entender bien sin advertir la influencia que Mandeville y La Rochefoucauld ejercieron sobre el moralista escocés.

* * *

Decíamos al principio que las preocupaciones de los ilustrados escoceses se centraban en la cuestión social. Querían defender que el hombre, en sociedad, lejos de ser autónomo e independiente en un sentido absoluto, necesitaba de los demás siempre, y que sólo contando con los demás podría desarrollar lo que le era propio y alcanzar un grado aceptable de felicidad. De otra parte, en todos ellos, y muy especialmente en Smith, se había despertado gran admiración por la física de Newton. El gran genio inglés había conseguido mostrar con su metodología que unos pocos principios bastaban para explicar el funcionamiento del mundo físico, su movimiento y organización. La empresa en la que se embarcaba Smith tenía una pretensión parecida: descubrir qué principios explicaban el comportamiento de los hombres en sociedad, en definitiva, cuáles eran los móviles de su conducta, pues una vez descubiertos se podría hacer una ciencia de lo social⁶.

Individualism in Modern Thought. From Adam Smith to Hayek, Routledge, Londres, 1998.

6. R. LÁZARO, *La Sociedad Comercial de Adam Smith. Método, moral, religión*, Eunsa, Pamplona, 2002.

Cuando Smith se pregunta por los móviles del comportamiento humano, en seguida, percibe que los hombres al actuar tenemos en cuenta siempre la opinión que los demás tienen acerca de nosotros, e igualmente acompañamos las actuaciones de los otros con nuestros propios juicios. Concluye que los hombres somos *simpatéticos*, nos ponemos con la imaginación en la situación que suscita los comportamientos de los demás, a lo cual sigue siempre un juicio moral, o bien, de aprobación, o bien, de reprobación de las conductas ajenas, según nos parezca proporcional o no la respuesta que los demás dan ante las situaciones que les interpelan. La *simpatía* no es un sentimiento propiamente hablando, sino el *juicio moral*. Los hombres responden simpatéticamente —lo cual ya implica la sociabilidad—; ahora bien, ¿desde qué responden? La respuesta smithiana será que desde *las pasiones*.

El hombre actúa movido por algo externo, y lo que es movido es precisamente la pasión. La filosofía moral, según Smith, no versa sobre la acción y el bien, no se trata de juzgar acerca de la bondad o maldad de las acciones. Éstas no son queridas como buenas por la voluntad porque se adecúen a alguna supuesta razón teórica. La filosofía moral smithiana tiene que ver con las pasiones, que se entienden como lo opuesto a una razón abstracta. La vida del hombre no puede ser calificada principalmente como racional, sino que es vista como un conjunto de pasiones que permiten al hombre actuar⁷. Lo importante es la actuación, no la racionalidad. Existe una relación particular entre la acción y la razón: ésta ya no es una facultad conductora de aquélla, sino lo que se supedita a lo genuinamente humano, que son propiamente las pasiones. La razón es demasiado teórica y abstracta para ser agente de acción, y lo interesante para Smith —así como a sus colegas escoceses— es la vida práctica del hombre. Las consideraciones morales se ocupan, por tanto, de las pasiones y sentimientos; y las virtudes —el otro objeto de la ciencia moral— se refieren a las pasiones mediadas por el juicio moral.

7. Cfr. A.O. LOVEJOY, *Essays in the History of Ideas*, Greenwood Press, USA, 1978.

¿Cuáles son esas pasiones desde las que actúa el hombre en sociedad y cuáles las virtudes que han de ver con ellas? Hay fundamentalmente dos tipos de pasiones, la que tiene que ver con nosotros mismos —nuestro interés es lo que la mueve— y las que tienen con ver con los demás —son los intereses ajenos los que mueven a actuar—. La primera de ellas es el *self-interest*, el amor propio, las segundas son el *interés por no perjudicar* al vecino y el *interés por hacerle algún bien*.

La virtud que regula la pasión del amor propio es la *prudencia*, según Smith; la que regula las otras pasiones respectivamente son la *justicia* y la *benevolencia*. De todas ellas, las que son imprescindibles para la buena marcha de la sociedad son las dos primeras, aunque la esencial sea sólo la justicia. La benevolencia, en cambio, es un adorno social, haría a la sociedad más feliz; pero, si faltase, la sociedad no perecería. La justicia está descrita en términos negativos, es decir, los demás para nosotros no constituyen una obligación moral, no les debemos nada —salvo algunos buenos servicios que se hacen por costumbre—, los demás no tienen derecho a recibir de uno ningún tipo de bien; en cambio, sí se está obligado a no perjudicarles. En la *TSM* Smith llega a afirmar que para vivir la justicia con el vecino basta estar sentado y no mover un dedo por él⁸. Ahora bien, cuando alguien perjudica nuestro interés apelamos a la justicia y queremos que se nos restituya y, en ese caso, no estimamos esa virtud atendiendo a la buena marcha de la sociedad, sino porque nuestros intereses han sido dañados. Es decir, la justicia, no es tanto un atender a los intereses de los demás, como un cuidado indirecto de los nuestros. Si se atenta contra otro, uno será castigado, lo cual perjudica el propio interés. En definitiva, parece que, a pesar de que Smith apele a tener en cuenta a los otros, el *self-interest* es realmente la pasión que mueve a la mayoría de los hombres, y bien se podría decir que las distintas formas de virtud son en el fondo distintas formas del *self-interest*⁹.

8. Cfr. A. SMITH, *La Teoría de los Sentimientos Morales*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

9. Cfr. R. LÁZARO, *Op. cit.*

Smith dibuja una filosofía moral que describe el comportamiento general de la mayor parte de los hombres¹⁰, no de una minoría, como podría ser la aristocracia, en sentido clásico. El filósofo escocés, no apunta a la excelencia moral que alcanzan unos pocos —los héroes, verdaderos amantes de la virtud—, sino a la *corrección moral* que se puede reconocer en la mayoría. Ese doble esquema de modelo de virtud y comportamiento moral es esencial para entender que la sociedad de la *RN*, ya estaba desde el principio en la *TSM*. Lo que afirma Smith es que: la mayor parte de los hombres se preocupan, principalmente, de lo que tiene que ver con su propio interés y muy secundariamente de lo que atañe al vecino, de modo que, para que la sociedad fuera muy feliz, los hombres deberían vivir según la virtud de la benevolencia, esto es, el hacerle a los demás el *bien desinteresadamente*; sin embargo, eso, además de no ser una conducta generalizada, es difícil para el hombre, cuyo poder de atender al otro es muy limitado. Pero, ¿cómo vivir en sociedad en paz, si efectivamente, de hecho, cada uno se preocupa sólo de su propio interés? Y Smith da la respuesta en la *TSM*: intercambiando el propio interés, pues así funciona la sociedad entre los comerciantes, y, en definitiva, eso es en lo que se convierte todo hombre en la sociedad avanzada, en un ser que comercia con su propio interés. Se da al otro el interés que espera recibir de uno y uno recibe el que espera del otro, consiguiendo así un equilibrio de intereses que, sin hacer a la sociedad muy feliz, al menos permite que *sobreviva*¹¹.

Este modo de entender la ciencia ética le valió a Smith la crítica de uno de sus contemporáneos, el que le sucedió en la cátedra de filosofía moral: Thomas Reid. El sistema de Smith es erróneo, piensa Reid: *Es, en realidad, solamente un Refinamiento del*

10. Cfr. A.O. HIRSCHMAN, *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*, Barcelona, 1999; cfr. también: S.E. GALLAGHER, *The Rule of the Rich? Adam Smith's Argument Against Political Power*, The Pennsylvania State University Press, USA, 1998.

11. Cfr. A. SMITH, *Op. cit.*

*Sistema Egoísta*¹². Esta afirmación, en la Gran Bretaña del siglo XVIII, suponía equiparar el sistema smithiano al de Hobbes y Mandeville. Y, a pesar del intento de Smith por superar el egoísmo descrito en esos sistemas de pensamiento, la afirmación de Reid, a mi modo de ver, no está tan alejada de la verdad, sino muy fundada si se tiene en cuenta la influencia jansenista —en parte a través de La Rochefoucauld y Mandeville— en Smith, como intentaré mostrar.

* * *

Precisamente una de las obras que mejor conocía Smith era la *Fábula de las Abejas*. En las páginas que dedica a Mandeville en la *TSM*, le sitúa al lado de La Rochefoucauld —salvo en la última edición, donde el nombre del moralista francés es omitido a petición de uno de sus nietos¹³—. Para Smith, tanto el holandés como el francés, son representantes de los sistemas morales que él califica de *licenciosos*. En ambos reconoce puntos en los que se acercan a la verdad; sin embargo, —a su juicio— la diferencia entre esos sistemas y el suyo propio radica, concretamente, en torno a la cuestión de cómo se entiende la pasión del *amor propio* en relación a la virtud, y su papel en relación a la *paz social*.

Mandeville fue el que hizo de canal transmisor entre los moralistas franceses y los ingleses¹⁴. Su idea del hombre viene de Hobbes y de los jansenistas Nicole y Domat, así como de la

12. J. REEDER, (ed.), *On moral Sentiments. Contemporary responses to Adam Smith*, Thoemmes, Bristol, 1997. Ver también: J.C. STEWART-ROBERSTON/D.F. NORTON, “Thomas Reid on Adam Smith's Theory of Morals”, en *Journal of the History of Ideas*, vol. 45, Baltimore, 1984, pp. 309-321.

13. Cf. E. CAMPBELL MOSSNER/I. SIMPSON ROSS (Eds.), *The Correspondence of Adam Smith*, Clarendon Press, Oxford, 1987, carta nº 194, p. 233.

14. Cf. T. HUTCHISON, *Before Adam Smith: The Emergence of Political Economy 1662-1776*. Blackwell, Oxford, 1988.

Rochefoucauld¹⁵. Una imagen pesimista sobre lo humano que no se aleja excesivamente de la de Smith¹⁶.

En 1723 se publica *La Fábula de las Abejas: Vicios Privados, Beneficios Públicos*. La tesis de Mandeville es conocida: el hombre actúa siempre movido por el egoísmo y la vanidad, sólo le importa su propia felicidad. Cuando se interesa por el interés ajeno es tan sólo por el placer que recibe a cambio, no porque de algún modo le preocupe realmente. Aún con todo, las pasiones, irremediablemente viciosas para cualquier hombre corriente, favorecen el beneficio público. No significa eso que los vicios malos no hayan de ser castigados; sin embargo, existen algunos vicios que sin ser delito son útiles, tanto que sin ellos las grandes y poderosas sociedades no subsistirían como tales¹⁷. Sólo cuando el hombre actúa desde sus más viles pasiones pueden prosperar la industria y el comercio; luego, suprimirlas sería sinónimo de condenar a la sociedad a no progresar; todas las acciones de los hombres son viciosas, pues todas están realizadas desde el amor propio, cuyo contenido es el propio interés; sin embargo, muchos vicios resultan ventajosos para el conjunto de la sociedad.

Smith le critica a Mandeville dos aspectos de su tesis. De una parte, el escocés considera que cabe distinguir entre acciones viciosas y virtuosas, luego no todas tienen el carácter que Mandeville afirma. La virtud no es la pasión del amor propio disfrazada, sino una *conducta correcta* derivada de un juicio moral acerca de la proporcionalidad de una pasión. De otra parte, que el hombre actúe desde el amor propio no es incompatible con calificar a una acción virtuosa —punto con el que Smith se aleja, a su vez, de su maestro Hutcheson¹⁸— y, además, esa actuación no es exactamente lo mismo que ser vanidoso. La vanidad quiere ser reconocida por

15. Cfr. *Ibid.*

16. Cfr. R.H. COASE, *Essays on Economics and Economists*, University of Chicago Press, Chicago, 1994.

17. B. MANDEVILLE, *La Fábula de las Abejas: Vicios Privados, Beneficios Públicos*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1982.

18. Cfr. F. HUTCHESON, *An Inquiry into de Original of our Ideas of Beauty and Virtue*, Treatise I, Section 2, III, Glasgow, 1738.

méritos que no tiene. Smith piensa que desear convertirse para los demás en objeto de estima y aprobación no puede ser llamado vanidad, sino amor a la *gloria verdadera*. El punto interesante entre ambos autores es advertir que Smith no se aparta de Mandeville en cuanto al hecho de que el hombre actúe desde el amor propio, ni tan siquiera cuando se puedan llevar a cabo actos generosos y de espíritu cívico; sin embargo, se aleja de él en cuanto considera que actuar desde el amor propio no es necesariamente vicioso y, por tanto, no es necesariamente sinónimo de egoísmo.

Ahora bien, lo que también sostiene Smith es que la mayor parte de los hombres no aspiran verdaderamente a la gloria verdadera —la que reporta la virtud—, ya que engañados por los espejismos de su imaginación, piensan que la felicidad más tiene que ver con la riqueza y la posición social que con la virtud y la sabiduría. Por tanto, de hecho, la mayor parte de los hombres además de actuar desde el amor propio, lo hacen sin vistas a la gloria verdadera, y por móviles más secundarios, visibles y cuantificables. Luego, el resultado final no está demasiado alejado de la postura de Mandeville.

* * *

El amor propio conectado precisamente con el interés por la gloria y el honor social es el principal protagonista de las *Máximas* de La Rochefoucauld. También es conocida la tesis del moralista francés, que se deja sentir en la *Fábula* de Mandeville. Según La Rochefoucauld, el hombre normal, el que no cuenta con ninguna ayuda sobrenatural que le rescate, actúa desde el amor propio y se busca a sí mismo en todas y cada una de sus acciones. Las virtudes no son más que disfraces de los vicios, y el amor propio es capaz de vestir y adoptar cualquier disfraz a cambio de conseguir lo que se propone, incluido el del desinterés¹⁹. Es decir, según esta lógica,

19. Cfr. LA ROCHEFOUCAULD, *Maximes*, Librairie Générale Française, París, 1991, n° 39.

la benevolencia smithiana podría ser un *desinterés interesado*, en el fondo.

Mucho se ha dicho acerca de la verdadera intención que movió al autor de las *Máximas* a escribirlas. Hippeau sostiene que en el fondo La Rochefoucauld quiere construir una moral epicúrea²⁰. Bénichou quiere defenderle frente a interpretaciones negativas que le hacen defensor del egoísmo y advierte que lo que busca el francés es denunciar el egoísmo y descalificar la voluntad humana, que se cree autónoma, en el contexto de una Corte²¹ —la francesa del siglo XVII— que dejaba mucho que desear en cuanto a la virtud²². Lafond explica que las *Máximas* no es una obra libertina como a veces se cree, ha de ser estudiada en su propio contexto y, en cuanto a la intención de su autor, Lafond sostiene que quiere desenmascarar la hipocresía que encierran en ocasiones algunas éticas como el estoicismo, puesto que la virtud y la conciencia de sí se excluyen necesariamente²³.

Sin entrar ahora a fondo en estas interpretaciones, sí quisiera destacar el punto común en que confluyen todas y que entronca de nuevo con Smith y Mandeville. Es precisamente la impronta que el

20. Cfr. L. HIPPEAU, *Essai sur la morale de La Rochefoucauld*, Nizet, París, 1978.

21. Ese es precisamente el argumento que utilizó el nieto de La Rochefoucauld para solicitar de Smith el que quitase el nombre de su abuelo de entre los sistemas morales que el filósofo escocés denominó licenciosos. Según el joven Duque de La Rochefoucauld, su abuelo había visto, observado y estudiado a los hombres en la Corte y en la guerra, es decir, en dos *teatros* del mundo donde los hombres se hacen malos. En las *Máximas* se ha tomado la parte por el todo, y puesto que las gentes que vió su abuelo estaban animadas por el amor propio, hizo de éste un móvil general para todos los hombres. Sin embargo, aunque la obra parezca deber ser combatida, merece estima por el fondo y por la forma —piensa el nieto del moralista francés—. Cuando Smith accede a la petición que se le hace, el joven Duque escribe de nuevo al filósofo escocés, y tras agradecerle la concesión del favor que le pedía, le explica a Smith que, en realidad, el mismo Diderot le había explicado que para evitar los reproches La Rochefoucauld había debido titular su obra: *Réflexions Morales, à l'usage des Cours*. Cfr. E. CAMPBELL MOSSNER/I. SIMPSON ROSS, (Eds.), *Op. cit.*, carta nº 199, pp. 238-239.

22. Cfr. P. BÉNICHOU, *L'écrivain et ses travaux*, José Corti, París, 1967.

23. Cfr. J. LAFOND, *La Rochefoucauld. Agustinisme et littérature*, Editions Klincksieck, París, 1986.

jansenismo dejó en el moralista francés, a través de su amistad con Jacques Sprit y sus visitas al Salón de Madame de Sablé, punto de encuentro común de quienes compartían y discutían las ideas jansenistas: Arnauld, Nicole y Domat, principalmente²⁴.

Kaye ha escrito que “hasta escritores como Nicole, que creía que la doctrina del egoísmo humano no siempre es cierta, dieron a ésta una expresión tan completa y clara que puede muy bien, con sólo omitir sus excepciones, servir para los propagadores de la idea”²⁵. Nicole al igual que La Rochefoucauld advirtieron que el *amor propio* —que ambos consideraban vicioso al igual que Mandeville— podía adoptar *la forma de la virtud*, retomando en este punto la doctrina agustiniana —tan de moda en el siglo XVII francés— sobre la similitud que hay entre los efectos externos de la caridad y la vanidad²⁶. E igualmente Nicole y La Rochefoucauld se anticiparon también a Smith, en cuanto a la viabilidad de una sociedad que adopta la forma del comercio del propio interés, del amor propio, como modo de funcionamiento.

Es un tema repetido en los mencionados moralistas franceses ya desde Montesquieu: la sociedad es un comercio de conversación, de buenos servicios, de amistades, etc. El punto está en que cuando el amor propio es *ilustrado* acerca de cuáles son sus verdaderos intereses y aprende a comerciar con ellos, acaba consiguiendo lo que busca. Es decir, si la mayor parte de los hombres actúan movidos por el amor propio, ¿cómo es posible vivir armoniosamente en sociedad evitando la guerra de todos contra todos? Con el comercio del propio interés. Este punto en torno a la cuestión de la paz que desarrolla Nicole, —no, en cambio, La Rochefoucauld— cabe encontrarlo también en Smith.

Si lo formulamos de otro modo podemos decir que la sociedad capitalista smithiana, que pone el acento en la pasión por el *propio interés*, es una solución moral y política —según lo ve Smith— en

24. Cfr. R. GRANDSAIGNES D'HAUTERIVE, *Le pessimisme de La Rochefoucauld*, Librairie Armand Colin, París, 1914.

25. F.B. KAYE, “Introducción”, en *Fábula*.

26. Cfr. SAN AGUSTÍN, *Obras*, tomo XVIII, BAC, Madrid, 1959.

un mundo donde la inmensa mayoría de los hombres velan muy principalmente, o sólo, por lo suyo. De modo que, Smith representa una postura intermedia entre el fatal egoísmo hobbesiano y el optimismo moral clásico.

El pesimismo de La Rochefoucauld y de Mandeville sigue estando presente en Smith —pocos son los hombres que realmente buscan la virtud—, sin embargo, prefiere optar por una postura *pragmatista*, es decir, si tal es la condición del hombre, juguemos con la pasión del amor propio y procuremos sacar de ella las ventajas que se puedan, pues al fin y al cabo si cada uno se ocupa de lo suyo no es carga para nadie, y, de otra parte, cómo acertar a cuidar de los demás, puesto que a veces se desconocen sus intereses.

El problema es que la solución que aporta Smith describe un modelo de sociedad viable, funcional; sin embargo, una sociedad así, una vez generalizada como paradigma, no logra superar el individualismo, sino que lo acentúa. Pues el interés por la riqueza y el honor se concreta —para la mayoría de los hombres— en aumento de propiedad material individualizada, y difícilmente los hombres se pueden constituir en comunidad social en función de eso²⁷. Por otro lado, lejos de construir una paz estable, se conforma con un precario equilibrio de intereses privados.

Según Hobbes el hombre es tan irremediabilmente egoísta que para evitar la guerra y alcanzar la paz ha de estar dispuesto a ceder parte de su libertad, y someterse a un poder político que represente además la ley moral. Jamás Smith haría tal dejación del propio cuidado. Y ahí es donde su pesimismo está ciertamente rebajado, puesto que es verdad que el hombre actúa sobre todo desde el amor propio, pero también es verdad —piensa él— que su ambición no es excesiva y, mayoritariamente, se prefiere una vida tranquila y cómoda a una guerra abierta por los propios intereses. Poner el

27. Como por otra parte se ha puesto de relieve en la reciente literatura sobre este punto: cfr. M. HERRERO, “Globalización y Autogobierno”, en *Sociedad del Trabajo y Sociedad del Conocimiento en la Era de la Globalización*, Pearson Education, Prentice Hall, Madrid, 2003, pp. 185-195.

acento en el comercio e intercambio de intereses y buenos oficios —pues al final la benevolencia se reduce a eso— permite vivir en cierta armonía y, sobre todo, evita ceder la propia autonomía a un poder político que, desde *El Príncipe* de Maquiavelo, es sospechoso de ambicionar el poder que le otorga su posición sólo para ejercerlo en provecho propio.

El optimismo clásico —quien constituiría el otro extremo respecto de la postura smithiana— es aquel que destaca la posibilidad del hombre para alcanzar la virtud en tal grado de excelencia que se destaque por encima de los demás. Aquí es donde Smith insiste en que siendo el amor a la virtud la más noble de las pasiones, pocos son los que emprenden ese camino, ya que la mayoría se conforma con comportarse *simpatéticamente*, de acuerdo con el juicio moral de la mayoría, lo cual no implica un alto grado de virtud, sino más bien el comportarse como lo hace el *grosso* de la Humanidad, es decir, buscando asegurar cada uno su propio interés a base de comerciar con él.

Sin duda, se puede verificar como verdaderamente acertada aquella afirmación de Raymond Marcel, cuando escribía en 1957: “Se tiene razón al atribuir un papel de primer orden a La Rochefoucauld, pensador profano, en la elaboración de esta moral del interés”²⁸, pues la moral liberal del capitalismo smithiano se alimenta en buena medida de La Rochefoucauld y Mandeville como se ha intentado apuntar brevemente.

Raquel Lázaro
Universidad de Navarra
Departamento de Filosofía
E -31080 Pamplona
rlazaro@unav.es

28. M. RAYMOND, “Du jansénisme à la morale de l'intérêt”, en *Mercure de France*, juin, 1957, pp. 238-255.